

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Ó RESURRECCION Ó TRANSFORMACION.

Como salva de cañon que anuncia faustos acontecimientos, ha vuelto á resonar en los templos una palabra que no pertenece al idioma del Lacio adoptado por la Iglesia católica en su liturgia. Era difícil expresar con tanta concision y fuerza su doble significado, y esto le habrá valido el privilegio de conservar su forma primitiva. Breve como una interjeccion y enérgica como una voz de mando, indica el júbilo que se derrama en el corazon, y excita á la vez al corazon mismo y le impone un tributo de alabanzas al sumo dispensador de todos los bienes, fuente y origen de la deliciosa impresion que saborea. *Alleluia* repite la Iglesia con mas alborozo que nunca, al recordar el misterio de la resurreccion de Jesucristo, misterio que es la garantia de nuestra fe y el apoyo mas firme de nuestra esperanza.

Resucitar! desprenderse de las garras de la muerte, levantar la cabeza oprimida por la losa del sepulcro, abrir los ojos á la hermosa luz del cielo, escuchar leves rumores cual si fueran suave melodía, aspirar las auras como un perfume delicioso, sentir de nuevo que el corazon golpea las paredes del pecho y la sangre circula ardorosa en las venas, ¿puede imaginarse un momento de mas dulces y alhagüenas sensaciones? Y si este prodigio se efectuara, ¿no causaria una alegría indescripible, que no se concibe ni comparándola con la de una madre que da el primer beso á su

primogénito, ni contraponiéndola al desconsuelo de una viuda que ha perdido á su idolatrado esposo en lo mejor de sus dias? Desde el hijo de la Sunamita á la hija de Jairo, el mundo no habia podido contemplar atónito semejante muestra de la omnipotencia divina. La vida del cuerpo no se recobra; roto una vez el hilo de que pende, ya no se anuda; porque la tierra no restituye el polvo humano que se le confia, sino que revuelto y confundido con otras moléculas de la materia inerte, lo guarda en depósito hasta la consumacion de los siglos. Solo entonces sonará la hora de la resurreccion universal, de la que es seguro gaje la resurreccion de Jesucristo. Mas, si la vida que el alma subministra á la materia en que está aprisionada, nunca se reitera en el mismo individuo, no sucede otro tanto con la vida peculiar del alma regenerada en las aguas del bautismo. Esta vida que pertenece á un órden sobrenatural, que habilita para alcanzar un galardón eterno, que mantiene estrechamente ligado al redimido con el Redentor y es el fruto mas precioso de su sangre divina, si desgraciadamente se interrumpe, todavia es susceptible de ser una y cien veces renovada. La guadaña del pecado la destruye; pero el alma muerta por la culpa, puede como Lázaro salir del sepulcro á la voz de Jesucristo, que no le niega ni los ausilios ni los medios ni la esperanza de una resurreccion.

Y este fenómeno que se verifica en el hombre bajo un punto de vista especial, ¿no podria

en un sentido análogo aplicarse también á las sociedades? Dícese comunmente que estas nunca mueren, sino que van perpetuándose al través de los siglos, porque las generaciones se entrelazan unas con otras, y los nacimientos llenan los huecos que abrieron las defunciones. Y en efecto, raras veces habrá sucedido que un espantoso terremoto ó los estragos de asoladora peste ó la repentina invasión de sanguinarias hordas hayan hecho desaparecer una sociedad entera. Quizás hayan sido pasados á cuchillo todos los moradores de un pueblo sin dejar alma viviente: quizás los anales del mundo recuerdan alguna otra catástrofe parecida á la de Sódoma y Gomorra consumidas por el fuego del cielo, ó á la de Herculano y Pompeya ahogadas por las ardientes cenizas del Vesubio. Pero, ¿acaso las sociedades no tienen más que su vida física? ¿No tienen también una vida moral, que ya se ostenta lozana y vigorosa, ya se arrastra lánguida y enfermiza? Cada sociedad alberga una especie de alma colectiva, un espíritu común que se trasmite de padres á hijos, que imprime en ella un carácter propio; es la fuente de su vitalidad, el móvil de sus empresas, la fuerza que la sostiene en apurados trances y la salva tal vez en los más críticos momentos. Sin él no sería más que una lonja de mercaderes atraídos por el interés, ó bien una turba subyugada por la tiranía de la fuerza, ó una casual é incoherente agrupación de personas. Este espíritu es el centro á donde converge, ó si se quiere, de donde irradia todo lo que sirve á una sociedad para su gloria ó para su desdoro; porque es el vínculo que la unifica y la distingue y la individualiza entre las demás sociedades, mucho mejor que los tratados de la diplomacia ó las denominaciones de la geografía.

Condición del sér espiritual es la de carecer de partes componentes: su simplicidad le preserva de la disgregación que al fin produce la muerte; pero la entidad metafísica, el sér abstracto que forma y caracteriza la vida moral de las sociedades, consiste en una agrupación de varios elementos que el transcurso de los tiempos ha fundido. Cuanto mayor es su co-

hesión, mayor es también su virtud y su energía. La organización política de las sociedades, su genio belicoso, artístico ó literario, sus creencias religiosas, las influencias de su clima, las condiciones de su temperamento, las ideas que en ellas predominan, los afectos que más espontáneamente brotan, los recuerdos de su historia, los grados de su patriotismo, todo esto contribuye á la formación del espíritu que las anima. Mientras que estos elementos sean afines y permanezcan compactos y rechacen la ingerencia de otros que tiendan á disgregarlos, la vida social continúa siendo la misma por largo que sea el intervalo que separa las generaciones; mas, cuando en una empiezan á borrarse los rasgos distintivos y aparecen estos cada vez menos marcados en las sucesivas, cuando estas se pagan de novedades y la inestabilidad de la moda es la que determina las opiniones, cuando el espíritu de reforma que debiera ceñirse á corregir y perfeccionar se complace en trastornar y abolir lo existente, cuando se trueca en sarcástico desdeñando el apego á las tradiciones de los antepasados, y el escepticismo corroe la fé que se tenía en principios hasta entonces inconcusos y socava y derrumba seculares instituciones, cuando en las facciones de los nietos no se trasluce el ya aire de familia de sus abuelos, bien podrá decirse que aquella sociedad ha entrado en el período de su descomposición, que va desapareciendo á toda prisa, que pronto habrá desaparecido por completo y se la podrá contar entre los muertos. Las sociedades no suelen acabar de enfermedad aguda ó de muerte repentina; llegan á su término al través de lenta agonía. De ninguna se conoce á punto fijo cuando espira; solo después de largos años se sabe que está sepultada bajo las ruínas de sus antiguas ideas y sentimientos.

Desgraciada la sociedad, que conociendo los síntomas de la grave dolencia que la aqueja, se pone en manos de infatuados curanderos, recurre á paliativos ineficaces y desdeña los remedios heróicos que solos pudieran devolverle la salud perdida! Tras el período de su juventud y de su virilidad es consiguiente que venga el de su decrepitud, precursora de la

muerte: que no á todas es dado rejuvenecerse, fenómeno que equivale al de una resurrección. La historia nos habla de sociedades que han desaparecido, por mas que sus descendientes pueblen y cultiven el mismo suelo que aquellas habitaban. Volvamos, por ejemplo, la vista á la moderna Grecia, que anteayer defendiendo su independencia copiaba el tesón y la bravura de la España de nuestros padres, para ser ayer acabado modelo que no ha tenido inconveniente en copiar la España de nuestros días. Sus hijos son vástagos de la estirpe coronada de laureles en Marathon y Salamina; pero vástagos marchitos que no han podido reflorar, ni aun regados con la sangre de sus recientes victorias. ¿Acaso han podido exhumar el brillo ateniense ó la austeridad espartana? viven la vida del espíritu que animó á sus progenitores? conservan su fisonomía intelectual? forman parte integrante de la sociedad á que pertenecían Homero y Platon, Demóstenes y Tucídides, Praxiteles y Epaminondas?

Tambien España tuvo su época de grandeza y poderío. Si el teatro es un reflejo de la sociedad contemporánea, basta hojear las ingeniosas producciones de Calderon, de Lope, de cualquier astro de aquella brillante pleyade de autores dramáticos, para comprender lo que era la española. Su espíritu, su vida moral está allí retratada con pinceladas que deslumbran. ¡Qué nobleza de sentimientos! qué tipos mas caballerescos! qué propension al heroísmo! qué fidelidad á la palabra empeñada! Nunca la ambicion se sobreponia á los juramentos, ni la lealtad se creia llegada á sus confines: la abnegacion pasaba por todas las pruebas, y el desinterés aceptaba todos los sacrificios. Aquella sociedad, amamantada á los pechos de la Iglesia católica, estaba adherida á la verdad religiosa con una fe inquebrantable: las dudas, los errores, las innovaciones peligrosas tan dificilmente penetraban en su inteligencia como las hormigas en una roca sin hendiduras: educada á la sombra de instituciones robustas y seculares, desconocia todo género de veleidades políticas: vivia del honor mas bien que del aire que respiraba: conside-

raba todo germen de discordia intestina, toda subversion del órden establecido, todo quebrantamiento de las antiguas tradiciones como un crimen de lesa patriotismo, y su acatamiento y sumision al representante de la autoridad supremallegaba á tener hasta visos de idolatría. El nombre de español era una especie de ejecutoria, un título nobiliario que llenaba de justo orgullo, y el que se congratulaba de merecerlo se cuidaba tambien de no deshonrarlo. Que en este rápido bosquejo de su vida moral hemos pasado por alto algunos lunares, que los hombres de aquella época adolecian de ciertos vicios y sus instituciones civiles de ciertos abusos, esto ¿qué importa? El deber de restringir los elogios, ¿basta para autorizar una reprobacion desatentada? Aquellos hombres eran hombres, aquellas instituciones eran humanas, y esto equivale á decir que eran imperfectas y que por la misma razon tambien son perfectibles.

Seguramente la España actual está muy lejos de parecerse á la que fué en su tiempo reina de dos mundos. La vida moral de entrambas no se asemeja, si es que no pueda decirse ya que está en oposicion completa. Su espíritu se halla tan decaido que parece informar el cuerpo de un moribundo, por que estos se agitan á veces en su lecho al impulso de violentas convulsiones. España está gravemente enferma. Todos, todos lo reconocen, y lo confiesan los mismos que con píldoras doradas han contribuido á su envenenamiento, los mismos que con empíricos remedios se prometian volverla á una salud robusta y floreciente. Y de que esta enfermedad no proviene de las antiguas ideas é instituciones, de una entusiasta adhesion á la monarquía, de una ciega fe en las verdades y prácticas del catolicismo, es evidente prueba el que su desarrollo ha sido tanto mas intenso y rápido y temible, cuanto mas han cundido las doctrinas modernas, cuya acción deletérea ha servido para arrumbar aquellas ideas, malear aquellos sentimientos y trastornar aquellas instituciones. Cuando por efecto de una medicina el enfermo empeora de cada dia, ¿indica mucho tino el seguir propinándola? Si la Es-

pañña ha de ser continuacion de aquella sociedad un dia tan pujante y gloriosa, es preciso que viva de su vida y se sienta animada de su espíritu: es necesario que retroceda en el camino que la lleva á la tumba, es necesario que resucite.

«Alto ahí! gritan los revolucionarios de todos matices, retroceder! resucitar! volver á lo pasado, aunque sea mejorable, aunque pueda conciliarse con un verdadero progreso, aunque se amolde á las exigencias de una civilizacion cristiana! esto nunca. Queremos conservar las conquistas de la revolucion.» Y los de color mas subido, añaden: «Y nosotros queremos llevar esta revolucion á sus últimas consecuencias, convertirla de política en social: ¿Cómo ha de amedrentarnos la muerte de las sociedades, si necesitamos que mueran para transformarlas?» Y es harto sabido lo que esa transformacion significa. Pobre nacion la que se halla en medio de rápida pendiente, y empujada por fuerzas enemigas que de cada dia aumentan y prosiguen su empeño con una tenacidad infatigable! Si no hace un vigoroso esfuerzo para subir á la cumbre, mas pronto ó mas tarde caerá en el precipicio á que ciegamente se desliza. ¿Será que nunca haya de entonarse para ella el cántico de *Alleluja*?

T. AGUILÓ.

LLAMADA Y TROPA (*).

CARTA DÉCIMA SÉPTIMA DE D. VICENTE DE LA FUENTE.

Sr. D. José M.^o Quadrado.

Madrid 10 de marzo de 1872.

Mi querido amigo: á pesar de que V. ha tenido á bien darnos las buenas noches en la UNIDAD CATÓLICA y retirarse á descansar, yo que todavía no tengo sueño, prefiero seguir hablando con sus redactores á los que cordialmente saludo, y con V.

(*) Acogemos con la mayor satisfaccion en nuestras columnas, como prenda de su ulterior colaboracion en la UNIDAD, la presente carta del aventajado escritor Sr. La Fuente, que si bien dirigida al Sr. Quadrado, nos parece destinada á la luz pública ó por lo menos merece verla. El fundador de este semanario nos la trasmite, acompañada de algunas notas, necesarias á su juicio, no precisamente para rectificar, sino para esclarecer varios conceptos.

mismo entretanto que se duerme; y digo mas, creo que le he de escribir á V. aunque se duerma y aunque se muera y á riesgo de que no lea V. esas cartas *sujetivamente* vivas y *objetivamente* póstumas, al revés de lo que sucede con los escritores póstumos y de ultra tumba que leen y corrigen lo que escriben.

Ello es que V. se retira del estadio de la prensa al menos por ahora, y creo que hace V. bien. En buena lógica y en buena política yo debia hacer lo mismo, y esta carta debia ser de despedida, aunque las mejores despedidas son las inglesas que se reducen á callar y largarse. A la verdad los tiempos de 1872 no son los de 1846; y si resucitara Balmes y escribiera un par de artículos, hallaria tales desdenes, contrariedades y aun invectivas, que probablemente no le quedarian ganas de escribir el tercero, y se volveria á su redoma como el marqués de Villena.

¿Qué censuras tan acres no le valió aun entonces su *Pio IX*? ¿No se ha dicho tambien que se retractó de lo escrito? Poco y mal conocian á Balmes los que le creyeron capaz de retractarse ante otra autoridad que no fuese la de la Iglesia. ¿Y acaso el *Pio IX* era ningun trabajo herético ni *sapiens hæresim* que exigiera retractacion? Yo juraria hoy por el *Pio IX* de Balmes, como los moros por el alcorán, y defendiendo sus asertos ahora como los defendí entonces. La conducta de su santidad al subir al trono pontificio fué admirable, prudentísima y mas que todo esto fué *providencial*. Entró perdonando, indultando, como hacen los monarcas piadosos en casos faustos, llamando á los descarriados, atrayéndolos con dulzura á fin de parecerse al divino Maestro de quien es vicario.—¿Que los revolucionarios en breve mordieron la mano que aparentaban besar! ¿que las reformas introducidas por él se volvieron contra el que las habia planteado ó por lo menos admitido!—Y ¿qué se hubiera dicho de él, si no lo hubiera hecho así? Una política dura y represiva no le hubiera librado de pasar por lo que pasó cuando se bamboleaban todos los tronos de Europa y algunos poco despues cayeron desplomados, y cuando las ramificaciones del vesubio revolucionario conmovian el suelo de Italia desde Nápoles á Turin. Si no hubiera entrado amnistiando, perdonando y transigiendo, se hubiera dicho y con razon que semejante política habia exacerbado los ánimos y enconado mas las pasiones. La revolucion hubiera estallado á pesar de la represion; y los profetas de pretérito, que acusaron al gran pontífice por su benignidad y transigencia, entonces le hubieran acusado por su intempestiva dureza, como acusaron á Carlos X

en 1830 por sus leyes represivas los mismos que le acusaban antes por no haberlas dado.

La Providencia dispuso aquello en sus altos fines para que apareciese mas de relieve baja y artera la perfidia de los revolucionarios romanos; y la política de Pio IX fué tan sabia en aquellos momentos, como hubiera sido poco discreta en volver á lo hecho, en saltar á la regla de *non bis in idem*, despues de la ingratitud infame con que fué correspondido. Demasiado comprenderá V., amigo mio, á donde voy con estos recuerdos de hace cinco lustros, es decir un cuarto de siglo. Cuatro veces se renueva el género humano durante cada siglo, viniendo á ser cada generacion de veinte y cinco años. Calculando la vida humana en unos cincuenta por término medio, (y aun algunos fisiólogos le dan menos duracion), descontando los años de infancia, niñez, adolescencia y primeros de la juventud en que el ardor de las pasiones arrastra demasiado al hombre, y los años de vejez y decrepitud que marcan su decadencia y próxima ruina, viénenle á quedar 25 años de virilidad, pues á los 25 principia á ser hombre formal, y á esa edad llama la Iglesia al presbiterado á los jóvenes levitas, siquiera en su origen y etimología la palabra *presbítero* equivaliera á la de *anciano*.

La idea de la reconciliacion de la real familia y union de todos los españoles surgió hácia el año 1845. Balmes fué el alma y el principal paladin de ella. Apoyaba aquella idea casi toda la aristocracia, V. lo sabe bien, y casi todo el clero catedral de España. Con la primera venia todo lo mas probo y florido del partido moderado, abjurando del liberalismo cuyas malas consecuencias prácticas habian podido espermentarse en doce años de desastres é infortunios, produciendo gran desencanto en los que habian abrigado ilusiones juveniles. Acaudillaba esta aristocracia, y con ella algunos militares de alta graduacion, el caballeroso marqués de Viluma hoy presidente de nuestra asociacion de católicos, poco apropiado para la política al decir de los que opinan que el político siempre debe ser ambicioso. Con el clero *superior* (no *alto*, pues en España no hay alto ni bajo clero como entre los protestantes) venia todo lo mas sensato del partido carlista. Distábamos unos de otros dos pasos, y se decia: «dando los unos un paso adelante y los otros un paso hácia atrás, nos hallaremos alineados.»

Entonces nadie dudaba de las ventajas y necesidad de una transaccion, y recordábamos con estupor una cosa olvidada y que ahora hay empeño por olvidar y desmentir. «Las guerras, dice un publicis-

ta inglés, acaban siempre por donde debian haber principiado, esto es, por hacer la paz.» Ahora al cabo de 25 años vuelve á preconizarse la guerra á todo trance, y guerra sin cuartel, pues los partidos estremos apenas si ofrecen capitulacion, y alguno de ellos ni aun la vida.

En tal concepto ¿qué vamos á ejecutar, ni qué podemos hablar los amigos de Balmes? ¿Cuántos somos? apenas una docena en toda España. El marqués de Viluma y D. Santiago Tejada en la aristocracia, algunos pocos prebendados como Muñoz Garnica nuestro antiguo compañero, y el anciano y valetudinario magistral de Burgos Sr. Martinez que defendió briosamente el *Pio IX* de Balmes, y por fin V. y yo en la prensa literaria y no política (1). Oportunamente dijo el *Pensamiento Español*, que nuestras voces parecian *salidas de la tumba de Balmes*. No le hizo á V. mucha gracia la frase, y procuró explicarla en la UNIDAD y aun casi impugnarla (2): á mí por el contrario me gustó por creerla exacta. El autor de ella, sacerdote muy respetable, no tuvo al emitirla objeto de zaberirnos: es hombre de mucha caridad y de tanta modestia como saber. En su grande humildad se creyó en el caso de darme esplicaciones, pero yo no las necesitaba y menos siendo de él.

Pues qué! ¿no es una verdad que nuestras voces parecen salir de la tumba de Balmes, y perderse en el espacio cual débiles y lastimeros quejidos, como los lamentos de Casandra que nadie queria escuchar? Su despedida de V. en el número último de

(1) Algunos mas son todavía si se trata únicamente de los amigos personales de Balmes y de los que mas ó menos directamente cooperaron á su noble empresa, pero muchísimos mas, innumerables, si se cuentan los que desde entonces ó aleccionados posteriormente por los desengaños abundan en las ideas conciliadoras del insigne publicista, y los que sin ellas, aun cuando falte al presente la base que pudiera hacerlas prácticas y seguras, no hallan posible la salvacion de España. Por lo demás, el objeto de esta publicacion no fué el de repetir un llamamiento que los reorganizara: otro talento y autoridad se requeria en el que lo hiciera, otro palenque menos angosto y apartado, y sobre todo mejor posibilidad de arreglo dinástico; pero al defender la *unidad católica* no podíamos desentendernos de la *unidad nacional* tan ligada con aquella, ni dejar de juzgar con nuestro criterio peculiar é invariable las cuestiones políticas que se compliecan con las religiosas. (Nota del Sr. Q.)

(2) En el artículo titulado *Reconciliaciones y fusiones* número 136 pág. 251 del tercer tomo. No refuté dichas palabras ni me ofendí por ellas; solo dije, y lo repito ahora sin dejar de admitir por muy cumplidas y hasta innecesarias las esplicaciones del que las emitió, «que mi humilde voz podia parecer salida de la tumba de Balmes, porque era débil, porque sonaba desde lejos, y porque, tal vez sin intencion, se le cerraba el paso.» ¿Qué otra cosa indica la *conspiracion del silencio* empleada respecto de la UNIDAD durante tres años por la prensa de Madrid mas relacionada con ella en ideas religiosas? (Nota de id.)

la primera serie de la UNIDAD CATÓLICA lo declara así: yo lo he dicho también claramente en la *historia de las sociedades secretas*.

Hemos sido fieles á nuestra tradicion política por mas de 23 años, ó sea durante una generacion. Hemos tenido enhiesta nuestra bandera con toda lealtad: ya nadie quiere seguirla, antes bien unos y otros combatientes afilan sus espadas á toda priesa, y estamos próximos á retroceder al año 1834. Unos y otros dan ya el *tercer toque* ó sea *llamada y tropa*. Hablar en 1872 de conciliacion es ya escusado: pudo hablarse de ello en 1869, pero en 1870 y 71 no ha pasado de un buen deseo utópico que nos ha valido algunas sonrisas de lástima. Los unos entienden por conciliacion una *fusion* que mas que *fusion* es *confusion*, tomando por jefe á quien apenas debieran indultar y eso en caridad cristiana: los otros entienden por conciliacion el que los vencedores con las armas en la mano se rindan á discrecion de los vencidos y sin capitulacion, cosa inaudita en los fastos de la historia. Hallándose los ánimos en tal estado ha hecho V. muy bien, al retirarse del estadio de la prensa, en arrollar nuestra bandera y guardarla para mejores tiempos ⁽³⁾:.....

Omnia tempus habent, et habet sua singula tempus.

En rigor debiera yo hacer lo mismo, pues nunca figuré como gefe en el campo de la conciliacion, nunca pasé de subalterno. A los subalternos se les tolera á veces lo que no se permite á los gefes; con todo no pienso hablar tampoco ni una palabra de conciliacion, dado que en estos momentos seria estemporáneo, sin que por esto desierte de mi bandera ni me resigne á callar por completo. ¿Puede hoy vivir uno sin abrir de cuando en cuando la *válvula de seguridad*, á fin de que no hagan explosion las ideas que se acumulan en la mente? Seguiré pues, apesar de la retirada de V., abriendo la con-sabida *válvula* por medio de mi pluma, y dirigiendo algunas cartas á la UNIDAD CATÓLICA, cuando la alta temperatura de mis ideas lo haga necesario ó con-

(3) Ni levanté la bandera con excesiva esperanza, ni la he abandonado por desaliento; y tal cual es, no la arrollo, sino que la trasmito. Es verdad que cada cosa tiene su tiempo, pero también cada tarea tiene su fin; y la mia despues de tres años natural es que cesara ó al menos se suspendiera para atender á las que han formado siempre mi vocacion y mi carrera especial. Para reconocer la necesidad de la conciliacion no son los menos á propósito estos dias, en que todos los partidos sin escepcion se fraccionan y disuelven, y en que los hombres de mejor inteligencia y voluntad se arrepienten ya tal vez de haberse encerrado en tan estrecho círculo; pero está descomposicion es mas lenta de lo que se cree, y los sucesos que han de acreditar por completo nuestros principios ofrecen aun largo período que recorrer, consintiendo alguna tregua en provecho de mas tranquilos estudios.

(Nota de id.)

veniente, hasta para mi salud. Se me figura que V. mismo tendrá que hacerlo á pesar de su *criminal* retraimiento. Y lo llamo *criminal*, por que ya sabrá V. que los moralistas modernos, al pasar el corazon al lado derecho y hacer uno de esos bellísimos *cuartos de conversion* que ahora son tan comunes, han declarado que el no meterse un católico en política, es crimen y pecado, y que todo aquello de *nemo militans Deo implicat se negotiis sæcularibus* y otros consejos y preceptos que por ese estilo dan los libros santos y los padres y escritores ascéticos están mandados recoger. Por el contrario las alianzas con los libre-pensadores y ateos y el trato íntimo con ellos son virtudes de moda.

Antes era una verdad como un templo que la causa de Dios y de la Iglesia debia aislarse de toda cuestion personal, secular y humana: hoy hemos hecho un cuarto de conversion, y sujetamos la existencia del catolicismo al triunfo de determinadas personas y dinastías.

Antes lamentábamos que en este pais se hablaba mucho y se trabajaba poco, y echábamos la culpa de nuestros males modernos al parlamentarismo y al charlatanismo. Ahora queremos aplicar uno y otro á la defensa de los intereses católicos, confesando por supuesto que son cosas malas, pero que es preciso tragarlas.

Antes era un error lo del santo derecho de insurreccion, sostenido por los partidarios de la escuela liberal; y ahora como que demos á entender que ese derecho no solamente es plausible y bueno, por supuesto ejercitándolo nosotros, sino que es un crimen el no usar de él en ciertos casos.

Antes en el lenguaje católico, en vez de echar la culpa al prójimo, solíamos examinar nuestra conciencia y empezábamos por culparnos á nosotros mismos; ahora nos hemos declarado infalibles é impecables, y echamos la culpa de todo á los malos ó á los indiferentes, sin cuidarnos de reformar nuestra vida pública ni privada.

Permítame V., amigo mio, que no contiúe en esta resbaladiza pendiente de los *cuartos de conversion*, y que concluya esta mi pesada epístola repitiendo á V. la enhorabuena por su retirada á tiempo, y también á los nuevos directores de la UNIDAD que sin anteriores compromisos vienen á continuar la defensa de la unidad católica *solamente como unidad católica*.

V. DE LA F.



CRÓNICA.

El domingo de Pasion recibió de nuevo Pio IX á un número considerable de fieles romanos. En la sala del trono se encontraban las adoratrices de Nuestra Señora de los Dolores, piadosa congregacion de trastiberinas dirigida por la condesa Colacicchi, y que pertenecen casi todas á las clases obreras, especialmente de las dedicadas á la elaboracion de cigarros. La condesa leyó al padre santo un mensaje de adhesion, pidiéndole despues su apostólica bendicion para aquellas buenas cristianas y para sus familias. El padre santo accedió á la peticion, pronunciando despues algunas palabras cariñosas y paternales.

Entretanto la gran sala ducal recibia á los feligreses de san Juan de los Florentinos, que la ocuparon toda. El padre santo se presentó al medio dia acompañado de muchos cardenales, prelados y príncipes romanos, siendo aclamado calorosamente por todos los concurrentes que prorumpieron en gritos de *Viva Pio IX!*, *viva el pontífice rey!* Cuando se restableció el silencio, el cura de san Juan leyó un notable mensaje al padre santo. Despues dos jóvenes romanas recitaron preciosos versos, y presentaron á Pio IX un rico almohadon sobre el cual estaba colocada una ofrenda cubierta con un pequeño solideo blanco semejante al que usa su santidad. Pio IX las mandó acercar, y viendo la ofrenda les preguntó sonriendo, con esa gracia que acompaña á todos sus actos, si no desearian tener en cambio el solideo que llevaba; y al decirlo se lo quitó, entregándole á las jóvenes y colocándose en la cabeza el que le ofrecian. Despues levantándose pronunció la alocucion siguiente:

«Las repetidas demostraciones de vuestro amor filial, prueban de mil maneras con toda evidencia cuán unánime es en Roma el sentimiento de amor y de respeto hácia la santa sede.

Tengo de ello testimonios abundantes, por vuestra presencia aquí y por vuestra asistencia á los templos, donde reunido el pueblo ha levantado cien y cien veces sus clamores al cielo, haciendo resonar los ecos sagrados del templo con las súplicas y con las oraciones que dirigen á Dios en tan gran desolacion. Si, todo esto es una prueba de la unidad de vuestros votos, y una condenacion solemne de ese plebiscito hecho sin vosotros; porque es preciso tener una sencillez mas que infantil para creer que ese plebiscito fué leal, fué hecho de buena fé y con entera sinceridad. Asimismo los aplausos que en todos los puntos de Italia reciben los obispos recientemente nombrados, al tomar posesion de sus sillas para consagrarse á la santificacion de su grey, son otra prueba brillante de que los pueblos lanzan desde el fondo de su pecho un grito que no tengo necesidad de repetir, pero que marca siempre mas y mas la unidad del sentimiento italiano en lo que se refiere á la conservacion de los derechos de la santa sede.

¡Oh! que no esté aquí presente y vivo cierto italiano que en otro tiempo manifestaba sentimientos muy laudables; me refiero á la época en que la revolucion tomaba posesion de la parte meridional de Italia.

Entonces, y así que hubo pasado un poco de tiempo, se convencieron los italianos de que el cambio que habia sobrevenido era funesto é intolerable para ellos. Los lamentos fueron generales y se oyeron en los labios de la mayoría de los habitantes de las poblaciones italianas, obligando á hacer ciertas declaraciones al italiano á quien antes me he referido. Es conocido en Italia y fuera de ella por la parte que tomó en los primeros movimientos revolucionarios con sus actos, sus escritos y su palabra, muy conocido porque fué ministro del Piamonte con su amigo Cavour (hoy los dos están en la eternidad). Ese italiano se vió obligado á decir públicamente: «No hemos venido á tomar posesion de vosotros por la violencia, nosotros queremos los corazones; nosotros queremos que todos nos sirvan por amor. Siendo esto así, esta parte meridional puede permanecer en el estado que prefiera: nosotros no queremos poseer nada por la violencia.»

Estas palabras fueron pronunciadas en una ocasion solemne, y desgraciadamente fueron letra muerta, y lo serian

tambien si hoy se repitieran. Sin embargo, no queriendo abandonar lo que han arrebatado, se atreven á decir que entre las grandes ventajas que ha traído este movimiento social, una de las mas grandes es el haber dado libertad á todos (*movimiento en la concurrencia*); pero esto es una mentira, sí, una mentira; lo que han traído aquí es una verdadera servidumbre.

Jesucristo decia á los principes de los sacerdotes, á los escribas y fariseos: «si quereis ser libres, escuchad las verdades que os anuncio. Si las practicais, sereis libres, sino esclavos.» Y los que esto oian se rebelaron contra Jesucristo, y con la arrogancia propia de aquella raza, respondieronle: «Somos hijos de Abraham y nunca estuvimos al servicio de nadie.—No, replicó Jesucristo; sois esclavos del pecado, estais al servicio del pecado y encadenados por el pecado.»

De la misma manera podemos decir nosotros en nuestros dias: ¿Qué son algunos gobiernos? Representan una pirámide, y el que ocupa la cima depende de un consejo que lo domina, y el consejo no es árbitro de sí mismo, sino que depende á su vez de una asamblea que le amenaza, y la asamblea misma no es dueña de sí propia, porque debe responder de su conducta á mil demonios que la eligieron, que la sumergen en la iniquidad, y en suma todos los que están allí, ó por lo menos la inmensa mayoría de ellos, son servidores, esclavos é hijos del pecado.

El ángel de Dios, *angelus Domini persequens*, persigue y amenaza con su espada desnuda á cuantos aparentan confianza. Pero dia llegará en que el ángel exterminador haga brillar la justicia de Dios, y en los efectos que se seguiran su santa misericordia.

Es indudable que para poder volver á este punto seria preciso que la religion, sus ministros y la fe tomasen posesion de la sociedad. Pero estos dicen (y nada menos que ayer lo leia yo) que los dos poderes deben estar separados, y no es de desear que se hallen unidos; se obstinan en mantenerse en su páfida situacion, y consienten que se alejen de ellos los auxilios que la Iglesia les prestaria. Así se cumple esta palabra de nuestro Señor Jesucristo en el evangelio de hoy: *Ex Deo non estis, propterea me non auditis*. No sois de Dios, y por eso no escuchais mis palabras y doctrinas.

¡Ah, queridos hijos míos! Pongamos atento oido á las doctrinas de Jesucristo; si queremos tener paz, elevemos á Jesucristo nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestra voz, los latidos de nuestros corazones, para poder oír al Dios de la verdad, al Dios del amor. Que nos hable y todos estaremos contentos. Oremos pues por nosotros, oremos por nuestros enemigos como oraba él mismo en la cumbre del Gólgota antes de entregar su alma divina en manos de su eterno Padre: *Pater dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt*. Pues oremos tambien nosotros por nuestros enemigos, pero digamos al mismo tiempo: *Ut inimicos sanctæ Ecclesiæ humiliare digneris, te rogamus audi nos* (movimiento y aprobacion). Son enemigos aquellos que para convertirse esperan ser humillados. Pidamos pues al Señor que les envíe humillaciones y que escuche nuestras oraciones. *Audi nos! Ut inimicos sanctæ Ecclesiæ humiliare digneris*. (Todos los concurrentes, profundamente conmovidos, esclaman despues del papa: *Audi nos!*)

Retiraos ahora poseidos de estos sentimientos de caridad hácia nuestros enemigos; si, de caridad, pero al propio tiempo con la firme resolucion de no secundar nunca sus perversos designios, con el propósito firme de encomendarlos á Dios, para que los humille y salgan despues del abismo á que se han lanzado.

Si no quieren, les espera la justicia eterna. Y al mismo tiempo, queridísimas almas, encomendémonos nosotros mismos, encomendémosle al clero, encomendémosle al pueblo, á fin de que todos se hagan dignos de las celestiales bendiciones con una vida ejemplarísima, con la santidad de sus costumbres, con su inquebrantable perseverancia en el ejercicio práctico de la fe.

Benedicid ¡oh Dios mio! á este pueblo que me rodea como una corona; confirmad los sentimientos de vuestro indigno vicario, á fin de que el pueblo, presente aquí y el lejano, el

pueblo de Roma y el de Italia, pueda conformarse exactamente con los santos consejos que se le dan, santificarse á sí mismo, santificar á los demás, vivir en vuestro temor, y finalmente ver la conversion de nuestros enemigos. Animado de estos sentimientos, yo os dejo y os bendigo.»

Refiere una carta de Roma que el 21 por la tarde encontró el padre santo en una de sus antecámaras á un pobre fraile capuchino, el cual le enseñó la primera estacion de un nuevo camino de la cruz. Despues de verla, Pio IX volvióse á las personas que le acompañaban y dijoles: «¡Cuántos se lavan hoy las manos de lo que sucede y creen al hacerlo que dejan á salvo su conciencia.»

Publicamos con mucho gusto las noticias relativas á la obra caritativa y piadosa de la Santa Infancia, sostenida en Asia por nuestros misioneros Dominicos y por los de otros estados.

«Antes de dar algunas noticias sobre el estado de nuestras misiones en Asia para el rescate de infieles, obra de caridad sostenida por la Santa Infancia, conviene dar una idea general de todo lo remitido á las misiones católicas en Asia, y de lo colectado con este fin piadoso en las diversas naciones de Europa.

Desde julio de 1870 á igual mes del corriente año, Francia es la que como siempre ha contribuido, á pesar de sus desfavorables circunstancias interiores, con mayor cantidad que ninguna otra nacion europea y con muy notable exceso.

Las colectas de Francia para la obra de la Santa Infancia han ascendido en dicho período á 754,292 francos, cantidad verdaderamente extraordinaria que prueba al mismo tiempo que la riqueza los sentimientos piadosos de los franceses. Despues de Francia, Bélgica aparece en segundo término, cuyas limosnas en dicho período han ascendido á la suma de 730,000 rs., cantidad muy notable tambien, atendida la corta poblacion de aquel reino.

Italia y los Estados Pontificios figuran en tercer lugar con la cantidad de 290,000 rs. Los Países-Bajos con 250 mil. Baviera con 240,000. En el Gran Ducado de Baden con 25,000. Prusia con 50,000. La Gran Bretaña con 5.500. España con 42,000. Portugal con 1,600. Rusia y Polonia con 1,000. Turquía y sus establecimientos cristianos con 28.000. Brasil con 17,000. Chile y Perú con 37,000. Guatemala con 1,300. Resultando un total de 6.000,000 rs. vn., destinados á todas las necesidades de una obra tan piadosa como benéfica.

Segun las comunicaciones de nuestros misioneros en Asia, la Santa Infancia se mantiene por los padres dominicos españoles en el Fo-kien y en el Tunkin oriental y en el Tunkin central.

El padre Antonio Colomer de la orden de predicadores, provicario apostólico del Tunkin oriental, despues de referir los grandes trabajos y persecuciones que sufren nuestros misioneros en Asia, escribe al consejo que el número de niños moribundos bautizados en dicho año asciende á 25,066, á quienes por el bautismo se han abierto las puertas del cielo. Y de tan considerable número dice que solo 368 se han salvado de la muerte y viven actualmente. Elogia el fervor de los nuevos católicos en Asia y su caritativa solicitud por averiguar en qué sitios ó casas hay niños expuestos ó abandonados, para salvarlos por medio de las aguas regeneradoras del bautismo, concluyendo su relacion con la noticia de las casas de asilo y educacion donde se mantienen y educan en nuestra santa religion los niños bautizados que entran en el gremio de la Iglesia.

Estos establecimientos son de diferentes clases: primera, las casas de amparo y refugio, donde por primera vez son recibidos los recién nacidos expuestos, moribundos, mutilados, que se recogen por los fieles, ó que presentan sus padres infieles. Segunda, los orfelinatos, donde son lactados y cuidados los ya bautizados que sobreviven algunos dias, y que ofrecen esperanzas de vida. Tercera, los colegios de enseñanza religiosa, donde son educados los niños que llegan á la edad de recibir el conocimiento de nuestra santa religion

y los primeros rudimientos y la enseñanza primaria. Cuarta, los colegios de esternos donde aprenden alguno de los oficios mecánicos los jóvenes que no tienen vocacion eclesiástica ni tampoco de misioneros ni de auxiliares legos de las misiones, siendo auxiliados por el colegio hasta que aprenden el oficio ó tienen protectores. Y quinta, las casas religiosas donde con recogimiento y severidad son educados los que tienen vocacion eclesiástica ó de misioneros ó de auxiliares de estos, donde residen hasta que son sacerdotes, ó hasta que son destinados como legos á las órdenes de los misioneros sacerdotes.

Complétase así en estos establecimientos todo lo que exige la vida material de los niños bautizados, de los jóvenes para su educacion religiosa, y de los adultos para su vida ulterior civil ó religiosa.

Estos establecimientos se sostienen y fomentan mas considerablemente en los periodos de paz y seguridad. Pero cuando se levantan las persecuciones, son inmensas las pérdidas de nuestros misioneros; pues todas sus casas y colegios son invadidos y destruidos, y además son perseguidos y mueren mártires de nuestra santa religion, como verdaderos bienhechores de aquellos pueblos ingratos é infieles, siendo las alternativas constantes entre la paz y la guerra el estado normal de aquellos apóstoles que consagran su vida á la propagacion de la fe católica.»

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

Mucho menos conocida que las tocatas del inmortal Haydn, que bajo el título de *Las siete palabras* tan dulcemente regalan nuestro oido en los últimos dias de cuaresma, la composicion musical del maestro Mercadante, adaptada al mismo nombre aunque de género diverso, pudo añadir el aliciente de la novedad al de sus graves y vigorosas armonías para una parte del numeroso concurso que el domingo anterior ocupaba el salon de la Asociacion de católicos. No siendo como es en aquellas la instrumentacion parte tan principal que por sí sola produzca un efecto completo, la seccion filarmónica, compuesta especialmente de jóvenes aficionados al canto, encontró en ella mejor ocasion de lucimiento: y se lució en efecto, desempeñándola con bastante acierto acompañada de algunos instrumentos de cuerda. Escucháronla atentamente los asociados que con no menos atencion habian escuchado antes al presbítero Don Miguel Maura, quien tomando pie de las suaves emociones que iban á producir los musicales acentos, improvisó un breve discurso con ese don de la palabra que sale siempre inspirada por su corazon. Indicó las finezas del amor divino, que especialmente recuerda la semana santa, para inculcar á todos la necesidad de consagrarla á la contemplacion de tan elevados misterios, de asistir á las funciones religiosas con espíritu compungido, de visitar los sagrarios con toda compostura y recogimiento.

Esta noche el mismo Sr. Maura disertará por segunda vez acerca del *Clero*, considerándole especialmente en sus relaciones civiles.

ENSAYOS POLÍTICOS DEL SR. QUADRADO — Esta semana se repartirá la 11ª entrega correspondiente al mes de enero.